

Dime tu nombre

por Aike (seudónimo)

(MODALIDAD B)

Pablo me mira expectante por encima de la mascarilla, con sus ojos color miel muy abiertos, como un búho joven, diurno y luminoso. Después, hace un gesto hacia la pizarra en blanco, esperando que ponga allí lo que quiero que me pese en la báscula. Un kilo de fresones, otro de peras, dos lechugas, tomates cherry, unos champiñones recién cortados...

Pablo entró a trabajar en la frutería antes del confinamiento y entonces nos leía los labios a los clientes. Ahora con las mascarillas ya no le es posible y ha traído esa pequeña pizarra, un rotulador y una bayeta para que anotemos ahí nuestra compra y él nos pueda atender. Yo al principio se lo mostraba en el móvil pero él insistía en que lo hiciera en la pizarra. Yo me sonrojaba y me moría de la vergüenza, porque de la costumbre de utilizar el ordenador mi letra se ha vuelto casi ilegible. Pero él me animaba y me decía (perdón, me escribía también en su pizarra) que así era más personal, que la caligrafía de cada uno muestra un poco de cómo somos. Y es verdad, cuando escribes a mano estás enseñando algo de ti, aún sin saberlo: una “b” más alta o más baja, una “g” con más o menos curvatura, una línea que se alza o desciende más... No deja de ser un acto íntimo entre dos personas, el que escribe y el que lee, ya sea un novio o una novia (aunque ya no se estilen las cartas de amor), la amiga que sostiene en sus manos la postal que le has enviado en las vacaciones o la profesora que revisa tu examen.

Ahora ya me he acostumbrado a escribir en la pizarra de Pablo y me permito incluso, si tengo el día inspirado, dibujarle las manzanas, los aguacates, el coco, las uvas... Él parece disfrutar con mis esfuerzos y mis apuros y noto que me sonrío debajo de su mascarilla, porque se le adivinan un hoyuelo en cada mejilla y los pequeños aretes que lleva en las orejas se mueven levemente, entre los rizos castaños y la barba de cuatro o cinco días. Aunque si pienso en lo guapo que me parece, me sonrojo de verdad, porque creo que se da cuenta y casi se echa a reír. Entonces intento bajar la mirada, concentrarme en otra cosa, pero es aún peor, porque doy sin querer con sus brazos desnudos bajo la manga corta o con el contorno de su pecho contra el delantal con el nombre de la frutería o con ese suave y cálido olor al desodorante que anuncian en la tele, un poco hortera para mi gusto, pero que sobre su piel me vuelve loco. Y es cuando deseo tener súper poderes y tirar todas las naranjas al suelo con la fuerza de mi mente y al ponerme a recogerlas, pensar en otra cosa.

Cuando me ve con los auriculares del móvil colgando por encima del cuello de mi camiseta, me pregunta qué estoy escuchando y yo le digo el nombre del cantante o del grupo. Él me hace un gesto de aprobación y su mirada se vuelve de pronto melancólica y recuerdo que nunca ha podido

disfrutar de una sola nota. Es entonces cuando cojo la pizarra y le escribo algún verso de la canción, para que se haga una idea. “20 de abril del 90, hola chata ¿Cómo estás?, ¿Te sorprende que te escriba? Tanto tiempo es normal”. Él después toma el rotulador y trata de adivinar: “¿Héroes el Silencio?”. Y el que se ríe soy yo. “No, Celtas Cortos, no tienen nada que ver, son estilos muy diferentes”.

Pablo al final se queda con la poesía de esas letras, con sus mensajes y de un día para otro me las escribe para que yo vea que las recuerda, que le han estado acompañando en silencio todo ese tiempo en el que no nos hemos visto. Me dice que es su forma de aprender música. “Bueno”, se me burla a veces, “de conocer el pop y rock español de los 80 y 90, a ver si cambias un poco, que quiero descubrir otros estilos”. Aunque, eso sí, sigue sin ser muy bueno al relacionar los estribillos con los grupos. “Corre y ven, a descubrir si capturado estoy por ti, o es que la luna ha vuelto loco al corazón... ¿La Guardia?”. “No”, le corrijo, “La dama se esconde”. “Oh abrázame, cariño, puede que no vuelva nunca más, he nacido para volar. De Loquillo. “No, esa es de La Frontera. “Cartas en el cajón y ninguna es de amor, nunca un príncipe azul por tu vida pasó...”. Sonríe. “Esa sí es de La Guardia”. Y me pongo melancólico, porque tengo ganas de coger la pizarra y decirle que ese príncipe podría ser él, y que yo podría venir un día a buscarle al mercado cuando salga de trabajar e irnos juntos a tomar algo a una terraza y recordar cómo es su rostro sin mascarilla cuando se acerque el vaso a los labios. A esos labios que ahora solo puedo imaginar. Y él además, podría leer los míos... “¿Eres idiota?”, me digo entonces, sonrío, saliendo de mi ensoñación, “Siempre haciendo castillos en el aire, ni siquiera sabes si le gustan los chicos”.

Es en días así cuando veo que Pablo me mira como preocupado, como si hubiese metido la pata. Y yo guardo rápidamente las bolsas en el carrito y me marchó en silencio y cabizbajo a otro puesto del mercado a toda prisa. “Háblame, de tu oscura habitación, de tus noches sin dormir, de tu calor, llámame y a tu lado yo estaré, no me preguntes quién soy, pues no lo sé”, dice el resto de esa canción de La Guardia que me ha recordado.

Y así fue hasta que un día, muy decidido, Pablo cogió la pizarra y me la mostró con su sonrisa oculta bajo la mascarilla y su mirada color miel, siempre luminosa. “Dime tu nombre y te haré *rey* en un jardín de rosas. Duncan Dhu”, leo en voz alta, aunque no pueda escucharme. “Muy bien, Pablo”, trato de decirle con gestos, azorado, “pero la canción no dice *rey*, sino *reina*. ‘Dime tu nombre y te haré reina en un jardín de rosas, tus ojos miran, hacia el lugar donde se oculta el día’”, continúo, escribiendo en la pizarra. Y deseo más que nunca que la pandemia acabe por fin y termine todo esto de las distancias sociales y poder cantársela muy cerca, al oído, porque aunque no pueda escucharla, podrá sentir mis labios cerca, el calor de mi aliento, para dejarse arropar por la canción y llegar a

entenderla de alguna forma. “Has podido ver donde morirán, los oscuros sueños que cada día, vienen y van, soy el dueño del viento del mar”, sigue la letra. “Y no, Pablo”, me digo para mi, “no estamos ahora para dejar morir ningún sueño”.

Él asiente, parece satisfecho, como quien tiene un plan que está saliendo bien y toma el rotulador de nuevo. “Me asomo a la ventana, eres el *chico* de ayer, jugando con las flores, de mi jardín. Nacha Pop”. “Sí Pablo, muy bien... Pero es La Chica de Ayer, no el chico” “Y, y... (esto lo pienso para mí) espero que nunca me mandes a mi casa, como a la pobre chica de la canción: ‘Chica, vete a tu casa, no podemos jugar’”. Cuando Pablo ve lo que he escrito, descubro de nuevo sus hoyuelos, el brillo de sus aretes, el leve movimiento de sus rizos castaños, pero esta vez está más serio, rotundo, como dispuesto a algo. “¿Pero qué estás haciendo, Pablo?”, le pregunto, cada vez más nervioso, incapaz de recordar que no puede escucharme. Juraría que acaban de llegarme los súper poderes, pero en lugar de tirar todas las naranjas al suelo, lo que he hecho ha sido volver aún más roja mi cara, junto con las manzanas, la fresas y los tomates que me separan de él, allí, en su puesto del mercado.

Pablo sigue a lo suyo y ahora sus hoyuelos me revelan que ha puesto cara de pillo. “Labios de fresa, sabor de amor, pulpa de la fruta de la pasión, es el sabor de tu amor. ¿Danza Invisible?”. Y añade: “Dime que sí, que he acertado, que para eso soy frutero” y se parte de la risa. Y yo me sonrojo aún más, pero por una vez me vengo arriba y trato de mirarle a los ojos, a esos ojos color miel, intentando transmitir toda la emoción de la que soy capaz. Entonces me armo de valor y cojo el rotulador y la pizarra, mantengo el pulso firme y hago, por fin, buena letra.

“Te digo que sí, Pablo. Por supuesto que te digo que sí”.-